TIEMPO DE APRENDIZAJE

Gonzalo Pontón

«La destrucción del tumbo negro de la catedral de Astorga durante la guerra de Independencia constituyó una pérdida irreparable para España.»

Era la cuarta o quinta vez en el curso que el doctor Emilio Sáez, catedrático de Historia medieval de España, volvía a asediar el cartulario de Alfonso IX. Yo me dormía, claudicaba sin remedio pese a que trataba de mantener los ojos fijos en el ombligo del crucificado que presidía el aula. A las nueve menos cuarto de la mañana, no veía el modo de liberarme de aquel suplicio cuando se abrió la puerta y el bedel anunció protocolariamente: «Doctor, ¡la hora!». Salí a trompicones del aula camino de Ariel, donde yo trabajaba. Me esperaba allí, a las diez, el doctor Sacristán.

La editorial Ariel había sido fundada a principios de los años cuarenta por dos universitarios catalanes, republicanos, purgados por los vencedores de la guerra civil: Alexandre Argullós, licenciado en derecho, y Josep Maria Calsamiglia, licenciado en filosofía, profesor ayudante de Ramon Xirau en la Universidad Autónoma de Barcelona —la que presidió Bosch Gimpera— antes de la guerra. Eran una pareja extraña. Argullós, enjuto y encorvado, nervioso y zangolotín, era como un molinillo girando al viento. Soltero entonces, vivía con sus padres, propietarios rurales del Vilosell que le habían dado una carrera para que desertara del campo. Como tantos abogados de *souche terrienne*, tenía una cultura precaria, ningún conocimiento del mundo y un *penchant* por soltar latinajos macarrónicos que seguramente se le habían pegado de los manuales de Derecho romano. Pero desde algún fondo oscuro de su genética brotaba una pasión incontenible por convertir el papel en libros, en cualquier libro. Calsamiglia, en cambio, era alto y desgarbado, feo, muy católico y nada sentimental. Nunca había dejado de estudiar, tenía una memoria borgiana, una cultura extensa y un batallón de hijos. Son insondables las razones

por las que un *Monsieur Jourdain* de las Garrigues se ocupaba de los asuntos editoriales y el demoniejo de Laplace de los talleres de imprenta y encuadernación.

Porque, en realidad, ambos socios empezaron comprando la vieja imprenta de los Casanovas, de la Ronda de Sant Pau, que pronto trasladaron a los bajos del edificio modernista propiedad de la editorial Montaner y Simón —en la calle Aragón— de la que adquirieron una vieja maquinaria tipográfica que estaba pidiendo a gritos la jubilación: una enorme máquina plana de imprimir LM, un par de Koenig Bauer mediocres, dos linotipias Mergenthaler, una cizalla y cajas y chibaletes con tipos que manipulaban con destreza dos viejos cajistas honrados de insigne tradición. Imprimían allí, aparte de la remendería del barrio, los (pocos) libros y revistas que se editaban en la Barcelona de posguerra. Pero también los apuntes de clase de sus compañeros de promoción que habían sido premiados con cátedras y prebendas por su fidelidad a la España eterna. Estos apuntes constituían los textos que los alumnos debían estudiar obligatoriamente para aprobar (de hecho eran el único texto de cada asignatura) y los vendían los bedeles de las facultades: los ingresos iban, íntegros, a los catedráticos. Otra miseria de un viejo país ineficiente.

A lo largo de los años cincuenta, los dueños de Ariel llegaron a acuerdos para convertir los apuntes en libros pagándoles a los catedráticos del 15 al 20% del precio que se cobraba a los estudiantes. Poco a poco, el negocio fue creciendo y la actividad editorial se amplió, tímidamente, a libros que ya no eran textos estrictos, sino obras de pensamiento, ensayo —el maléfico género liberal— y divulgación científica, que fue el nicho editorial que Ariel cultivó fielmente a lo largo de su historia. Como que apenas había hecho incursiones en la literatura de ficción —los poemas de Màrius Torres o de Salvat Papasseit— Ariel se mantuvo ajena a la concurrencia de las pocas editoriales que producían libros en la España de los 50: unas estrictamente literarias (Janés, Caralt, Bruguera, Sopena, Salvat...) que retomaban la publicación de los momotombos inocuos para el Régimen: Azorín, Marañón, D'Ors, Menéndez Pidal... y otras —las del «Movimiento»— estrictamente propagandistas y desinformadoras: Ediciones Españolas, Yunque o Jerarquía, que se convertiría en Editora Nacional. Entre estas, alguna comenzaba a editar falangistas menos brutales que Ledesma o Giménez Caballero, como Antonio Tovar, Dionisio Ridruejo, Gonzalo Torrente Ballester o Pedro Laín, que desandaban las rutas imperiales sacudiéndose de las solapas

la ceniza de los luceros mientras se pudrían en las zanjas removidas los muertos de mil en mil.

Las afinidades electivas fueron construyendo en Ariel una *côterie* que fungía como consejo editorial: Antonio Polo, catedrático de Derecho mercantil, purgado; Octavio Pérez-Vitoria, catedrático de Derecho penal y abogado, cuyos buenos oficios salvaron a Ariel de penas mayores cuando el Tribunal Supremo juzgó la causa abierta a la editorial por impresión clandestina (la *Historia de España*, de Pierre Vilar); su hermano César, médico endocrino; el kantiano Ángel Latorre, catedrático de Derecho romano; Manuel Jiménez de Parga, catedrático de Derecho político y capitán jurídico militar, que andando el tiempo llegó a ministro de Adolfo Suárez... De la mano de estos viejos amigos, nada sospechosos para el régimen, se fueron ordenando y organizando en colecciones los manuales que se publicaban. Como que el primer nombre de la editorial había sido Demos, se utilizó esta marca como un árbol editorial ramificado en derecho, ciencia política, economía o sociología. La dirección de las ramas de derecho y de ciencia política, que aparecían bajo el paraguas de «Publicaciones del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Barcelona», se adjudicó a Manuel Jiménez de Parga, catedrático adicto al régimen, pero con fama de aperturista, jacarandoso y anticatalán folclórico (sector higienista). Como que era imposible publicar obras que reivindicaran el estado de derecho en España, ni había quien las escribiera, se pensó que una vía para colar mercancía democrática podía ser el recurso a juristas y politólogos extranjeros, sobre todo a los franceses que criticaban la cuasidictadura del general De Gaulle: se tradujeron y publicaron, así, *La democracia*, de Georges Burdeau; *Problemas ideológicos del siglo XX*, de Jean Meynaud; *Teoría de la constitución*, de Karl Loewenstein; *Historia de las ideas políticas*, de Walter Theimer; la *Historia de las doctrinas sociales*, de Georges Lefranc; las principales obras del *doyen* Hauriou, sobre todo, *Derecho constitucional e instituciones políticas*, o los grandes libros de Maurice Duverger, la *Introducción a la política*, la *Sociología política* y, sobre todo, el manual *Instituciones políticas y derecho constitucional*. La simple lectura de estos títulos nos permite comprender la intencionalidad de los editores que, a la manera de Gila, trataban de poner nervioso al régimen con el mismo éxito que este ante Jack el Destripador. Que la rígida censura franquista no permitiera imprimir el más leve reproche al Régimen estaba en su naturaleza, pero también lo estaba la creación de un ambiente de represión generalizada que inhibía la creatividad y muchas veces llevaba a la autocensura. En la quinta edición de *Instituciones políticas y derecho constitucional*, ya de

1970, se incorporaba un apéndice sobre «Régimen político español», firmado por un joven profesor de Derecho político, Jorge (*sic*) Solé-Tura, para compensar la supresión del apartado «Fascismos», de la obra original que había exigido la censura. He de creer que el miedo, y no otra cosa, condicionó el texto de Solé Tura, en el que quedó lamentablemente escrito que la guerra civil «fue la culminación en el terreno de las armas, de las tensiones sociales que se habían acumulado durante la II República», contribuyendo así al engorde del relato oficial fascista.

Sin embargo, a pesar de la cultura de cuarto de banderas y sacristía, algo empezó a moverse en el país a partir de 1959 con el fin de la autarquía. Habían surgido, o resurgido, en Madrid y Barcelona, otras editoriales: Tecnos, fundada por un jurista compañero de estudios de Argullós y Calsamiglia, Gabriel Tortella, que editaba a Popper y a Wittgenstein (el *Tractatus logico-philosophicus*, en la infame traducción del joven profesor Tierno Galván), y que era competencia directa de Ariel; Taurus, fundada por Francisco, *Pancho*, Pérez González, que rescató a Zubiri, Tovar o Aranguren y que con el tiempo habría de dirigir el cura Jesús Aguirre, confesor de los banqueros Fierro, entonces dueños de la editorial, para publicar a Walter Benjamin y otros frankfurtianos antes de hacerse duque; Rialp, dedicada en exclusiva a promocionar la verdadera fe (de Escrivá de Balaguer, por supuesto) o Revista de Occidente y Cuadernos para el diálogo, que darán cobijo a los Aranguren, Tierno Galván, García Calvo o José María Valverde, pero también a jóvenes que más tarde desempeñarán un papel en la transición: Cebrián, Peces Barba, Raúl Morodo, Elías Díaz, al tiempo que se incrementaba poderosamente la producción intelectual de los exiliados gracias a editoriales como Losada, Sudamericana o Fondo de Cultura Económica: Gaos, García Bacca, Ferrater Mora, Castro, Sánchez Albornoz, Sánchez Vázquez... Algo de eso empieza a llegar a las trastiendas de algunas librerías españolas.

En la década de los 60 se crearon en Ariel nuevas hijuelas de Demos, la de sociología, que dirigía el catedrático Salustiano del Campo, de la Universidad de Madrid, en la que se recuperaron en reediciones las obras de Duverger, y se publicaron libros de Alain Touraine, de Luis González Seara o de un jovencísimo Salvador Giner. Más interesante fue el destino que se dio a la rama de economía, que dirigía el catedrático de Política económica de la Universidad de Barcelona Fabián Estapé, con la ayuda de Jordi Nadal y de Jordi Petit Fontseré, donde se reciclaron títulos del viejo tronco, como los libros de John Kenneth Galbraith *La sociedad opulenta*, *El capitalismo*

americano o *El nuevo estado industrial*, y en la que ya se respiraba un aire menos contaminado por la halitosis castrense. Se publicaron, así, *Oro y moneda en la historia*, de Pierre Vilar; *La política monetaria y las fluctuaciones de la economía española en el siglo XIX*, de Joan Sardà; *Principios de una teoría económica dinámica*, de Jesús Prados Arrarte, comandante del Ejército popular republicano exiliado que dejó pasar la ignorancia de la censura. De la mano de Estapé, llegó también una cierta emancipación de la cultura francesa y en la colección se publicaron valores de la economía internacional, como fueron los libros de Hicks, Kalecki, Lange, Leontief o Meek. Estapé dirigió *Demos economía* hasta que en 1971 fue nombrado comisario adjunto del Plan de Desarrollo por Laureano López Rodó («un marica frígido» al decir de aquel).

Ante el *boom* de mediados de los sesenta, y los atisbos de un plan de desarrollo económico en España, Argullós y Calsamiglia incorporaron a la editorial a un socio capitalista, Joan Reventós, licenciado en derecho y profesor ayudante en la Universidad de Barcelona, un patricio barcelonés, nieto de Jaume Carner, ministro de Hacienda de Azaña, y, para el franquismo, un peligroso enemigo al que había que tener controlado. Reventós aportó algún dinero (escaso) y sus contactos universitarios y políticos, aunque él personalmente se implicó muy poco en la actividad editorial a la que contribuyó votando invariablemente «no» a cualquier propuesta de publicar un nuevo libro. Solo aparecía fugazmente, al principio de la mañana, por la editorial y en seguida marchaba a la distribuidora, Iber-Amer, que ocupaba el viejo espacio del taller de imprenta de la Ronda Sant Pau, aunque quien ejercía allí como director comercial era Josep Pedreira, fundador de «Els llibres de l'Óssa menor» y doble nacionalista gallego-catalán. Allí Reventós, máximo dirigente del Moviment Socialista de Catalunya, estableció su sede política con la ayuda de Pasqual Maragall, hijo de Jordi, amigo íntimo de Calsamiglia y, algo más tarde, de Ernest Lluch. Coincidió la entrada de Joan Reventós con la venta del viejo edificio de Ariel en la calle Berlín, donde yo había empezado a trabajar como corrector, a los laboratorios Hubber, que pagaron un precio desorbitado para pasmo de los socios. Tanto, que las plusvalías pudieron financiar un nuevo edificio en Esplugues de Llobregat, donde nos trasladamos en 1965, y aún sobró dinero para dar un fuerte impulso a la actividad editorial. En el nuevo edificio de Esplugues, el despacho noble fue para Argullós, mientras Calsamiglia tenía un cubículo en la zona de administración, y Reventós lo tenía junto al mío, que estaba enfrente del de Argullós, como correspondía al secretario personal-mano derecha-achichinche del patrón.

La rutina diaria —un *ordo missae*— funcionaba de la manera siguiente: a las nueve de la mañana un somnoliento Calsamiglia entraba arrastrando los pies al despacho de Argullós, donde se derramaba sobre un viejo sofá retapizado que había sido de su suegro y conocía los culos de tres generaciones. Argullós comenzaba su discurso invariablemente echándole en cara a su socio la falta de eficiencia de los talleres o las inacabables angustias de los viernes para pagar la semana a los obreros. Calsamiglia parecía escucharle con atención, aunque en realidad dormitaba. De pronto, Argullós estallaba: «¡Pep, Pep! Que no veus que si seguim així ens arruinarem física i moralment?». Entonces Calsamiglia parecía despertar, brincaba del sofá y salía del despacho desnortado, golpeándose con los muebles y las puertas. A continuación entraba Reventós tan solo para decir: «Bé, Alexandre. Jo me'n vaig a Iber-Amer». Argullós trataba inútilmente de retenerle con lo primero que se le venía a la cabeza, pero su socio huía pretextando una reunión a la que llegaba tarde no sin antes escuchar: «Joan: necessitem financiació!». Entonces llegaba mi turno: «Gonzalo, vingui un moment!». «Com ho tenim això?». «Això» quería decir el estado entero de la editorial, desde los contactos con posibles autores, los libros en estudio, la situación de la producción o la marcha de las ventas. La mala memoria de Argullós y su incapacidad para los idiomas le jugaban malas pasadas y cuando quería preguntarme por un autor o un libro en concreto tenía que recurrir a perífrasis inquisitivas o a circunloquios exóticos: «Sí, home, em refereixo al llibre d'aquell que va caure en paracaigudes» (el libro del aviador Jesús Salas Larrazábal, derribado durante la guerra), o bien «Com tenim la *Interetcètera?*», cuando se refería a *La Internacionalización de la guerra de España*, del diplomático Fernando Schwartz, que él no conseguía pronunciar sin trabarse. Con el tiempo, aprendí a traducirle sin el más mínimo titubeo.

Durante aquellos primeros años 60, los servicios que prestaban los talleres tipográficos de Ariel atrajeron a una serie de personajes representativos de aquella España: viejos autores vencidos que comenzaban a tener algunas esperanzas, ex profesores purgados, exiliados de regreso y letraheridos de diversas estirpes. Uno de ellos era Joan Sales, que imprimía allí sus libros de «El club dels novel·listes» y «El pi de les tres branques» y estaba dando a conocer a Llorenç Villalonga y a Mercè Rodoreda. Autor él mismo de una novela-memoria sobre la guerra civil, *Incerta glòria*, se había refugiado en México tras perder la guerra, donde se ganaba la vida como linotipista y escritor. Cuando pudo regresar a España fue a ver a Argullós, que era su

hermano de leche, para pedirle trabajo. Entre otras tareas, este le encargó redactar los pies de las ilustraciones de la gran obra de Ferran Soldevila, *Historia de España*, en ocho volúmenes. Sus audacias tratando de colar mercancía republicana o catalanista, fueron ocasión de más de un disgusto con la censura, que sabía muy bien que la mayoría de la gente que compraba la obra solo iba a mirar los «santos» y leer los pies. Su llamémosle «pulsión creativa» le causaría más de un conflicto a lo largo de su carrera de editor. Es conocida la anécdota de su enfrentamiento con Villalonga: en una de sus novelas, tal vez *Bearn*, o *Mort de Dama*, no recuerdo con precisión, el escritor mallorquín retrataba la llegada a su casa de Eugenio d'Ors, con su porte elegante, impecable en su traje blanco, zapatos bicolor, bastón de paseo y canotier. Pero Sales introdujo una de sus «pequeñas» aportaciones al texto original de Villalonga: «Arribava passejant l'Eugenio d'Ors, *aquell caragirat poca-vergonya*, impecablement vestit de blanc...». Joan Sales terminó su vida convertido al catolicismo más reaccionario.

Entre aquella cofradía que llenaba de color los días de Ariel, tenía vela un curioso personaje: Joan Fortuny, editor de «Los libros del Nopal», una colección de obras religiosas cristianas, algunas escritas por obispos de iglesias reformadas (John Robinson), a la búsqueda de las verdaderas esencias del cristianismo (Paul Tillich), que, al final, le llevó a indagar en «el ateísmo cristiano» de Altizer. Un verdadero disparate que, sin embargo, causó enfrentamientos con los censores, parte de ellos capellanes nacionalcatólicos enloquecidos a la caza de herejes. Aunque, tal vez, el personaje más improbable del mundo de Ariel fuera el músico Manuel Blancafort, suegro de Calsamiglia y dueño del sofá inmemorial, que se ganaba la vida componiendo sonatas textiles, duetos petroquímicos y sinfonías electrometalúrgicas para la revista técnica de ingeniería «Acero y Energía», que editaba en una especie de división autonómica, parecida a la que gozaba César Pérez Vitoria con sus revistas de endocrinología, llenas de testes cliptorquídeos y de legrados puerperales. Y, cómo no, Pere Grases, compañero de estudios de Argullós, de Vilafranca del Penedès, pero exiliado en Venezuela, donde se convirtió en uno de los filólogos e historiadores más importantes del país a cuenta del libertador de la Gran Colombia, que pasaba por Barcelona una vez al año para encargarnos las ediciones de sus libros. Y, más tarde, Mario Muchnik, físico, fotógrafo, argentino, judío, ateo, marxista y editor bendecido por una princesa muerta.

Todo aquel entramado creativo dependía de Ariel para pasar la censura, porque siendo esta una censura militar, de guerra, establecida por Ramón Serrano Súñer en 1938, consideraba al impresor responsable y lo tenía en el punto de mira, a poder ser literalmente. Sin embargo, en 1962, tras la defenestración del integrista Gabriel Arias Salgado, Franco nombró ministro de Información y Turismo a un joven político gallego llamado Manuel Fraga, un falangista del Instituto de Cultura Hispánica, quien había conseguido escalar los peldaños del poder a codazos con las familias azul y púrpura del régimen. Inteligente y zorruno, Fraga se dio cuenta de que, ante el Plan de Desarrollo de López Rodó, había que mostrar ante la opinión pública internacional una cara menos cuartelera del régimen. Pero no empezó con buen pie: en 1964 ingenió un homenaje a Franco en forma de conmemoración de los 25 años del fin de la guerra civil. Sus publicistas llamaron al invento «25 años de paz» y llenaron el país de carteles y los periódicos de celebraciones de plata. Aquella fue la primera vez desde la República que se toleró el uso de las lenguas nacionales no españolas. Pero Fraga (de madre vasca) no sabía euskera y el eslogan resultó ser, en esta lengua, «25 PAKE URTE», que reproducido *urbi et orbe* en conmemoraciones, exposiciones, periódicos y reportajes en TVE y el NODO, dio lugar a los inevitables chascarrillos del personal y a una áspera reprensión de Franco, punto menos que la que se ganaría Fraga poco después cuando, durante una cacería a la que había sido invitado por «S.E.», la impericia cinegética del «león de Villalba» alojó unos cuantos perdigones en el culo de la hija del «Caudillo».

La aportación fundamental de Fraga a la dictadura fue la elaboración de la Ley de Prensa e Imprenta de 1966, que vendió como muestra de la capacidad de apertura del Régimen. En realidad, la ley Fraga fue un desastre para los editores. La ley castrense de Serrano Súñer establecía la censura previa, es decir, la obligación de presentar los originales de cualquier libro o folleto que se pretendiera imprimir. Ante un veredicto negativo de la censura, el editor tenía dos opciones claras: no publicar el libro o, lo más frecuente, acatar la barbarie franquista en forma de supresiones, correcciones y tachaduras. Pues bien, la Ley Fraga abolía la censura previa: ya no había que presentar los originales al lápiz rojo. Se creaba, en cambio, un «Gabinete de Orientación Bibliográfica» al que había que remitir siete ejemplares de la obra publicada. Se fijó que cada día que transcurriera desde la llegada del libro en cuestión, equivalía a la lectura

censoria de 40 páginas; así, un libro digamos de 280 páginas requería siete días laborables. Pasado ese tiempo, si el libro no recibía una denuncia «de parte», se podía proceder a su distribución bajo la figura de «silencio administrativo». Eso creó, con las constantes denuncias, una gran pérdida económica a los editores que tenían que destruir la edición del libro en cuestión, perdiendo así toda la inversión realizada, cosa que no ocurría con la censura de guerra. Ante el desastre, los editores tuvimos que tratar de obtener «orientación» bibliográfica. ¿Quién nos la daría? Los viejos censores de siempre, Faustino Sánchez Marín y Francisco Barbadillo, secuaces del director general de Información y cuñado de Fraga Carlos Robles Piquer. Nos pasábamos, así, horas al teléfono tratando de interpretar las «orientaciones», siempre vagas, o viajando a Madrid para obtener alguna luz de aquel arcano mundo que nos permitiera minimizar las pérdidas. Para ello, dejábamos la edición en rama y solo encuadernábamos los malditos siete ejemplares; de modo que si se prohibía el libro nos ahorráramos, por lo menos, los gastos de encuadernación. La censura no desapareció de España hasta 1978, tres años después de la muerte del dictador, no sin dejar antes un reguero de muertos y lisiados entre los hijos literarios de los autores que publicaban las audaces editoriales nacidas alrededor de la decepcionante Ley Fraga: Santillana, de Jesús Polanco y Pancho Pérez González; Edicions 62, de José María Castellet; Grijalbo España, Siglo XXI, de Arnaldo Orfila y Javier Pradera; Alianza Editorial, de Javier Pradera; Tusquets, de Beatriz de Moura; Anagrama, de Jorge Herralde...

A principios de aquella década sorprendente, había empezado a colaborar con Ariel Manuel Sacristán. Se derivó de esta colaboración una nueva colección, «Zetein», que publicó algunos libros que se habían editado en la colección «Convivium», muy del gusto de Calsamiglia, o en otras colecciones, como fue el caso de *La hora liberal*, de Galbraith, o de *El feudalismo*, de Ganshoff. En «Zetein», Sacristán introdujo autores europeos como L. W. H. Hull (*Historia y filosofía de la ciencia*), T. W. Adorno (*Prismas y Notas de literatura*), M. V. O. Quine (*Desde un punto de vista lógico y Métodos de la lógica*) y su propia obra *Introducción a la lógica y al análisis formal*, que a la censura le parecieron inocuos.

Manuel Sacristán Luzón (1925-1985) se había licenciado en Filosofía y en Derecho por la Universidad de Barcelona y había ampliado estudios en el Instituto de Lógica matemática de Münster. Allí fue condiscípulo de Ettore Carasi, filósofo y militante del PCI, quien le introdujo al conocimiento de la obra de Gramsci y Togliatti. Pero también fue condiscípulo suyo quien

habría de ser un gran *tycoon* del capitalismo italiano, el filósofo Franco Tatò, que sería consejero delegado de la editorial Mondadori, propiedad del magnate Berlusconi. Muchos años después, ya muerto Manolo, Tatò me diría que en cuestiones políticas y sociales Sacristán le parecía un «pazzo da legare», cosa que, viniendo de quien venía, interpreté como uno de los mayores elogios que se hayan hecho nunca al joven Sacristán. Este, puesto a escoger entre compañeros, escogió a Carasi. Al volver a Barcelona en 1956 le contrataron en la Universidad, de la que fue expulsado en 1965 por su militancia comunista. Tres años antes le habían negado la cátedra de Lógica de la Universidad de Valencia por las mismas razones. Como sostenía correctamente la policía política franquista, Sacristán era «una carga de dinamita y un semillero de cizaña». A pesar de que en 1972 la Facultad de Económicas de la Universidad de Barcelona le contrató de nuevo, al finalizar el curso no le renovaron el contrato y, después, siempre que le permitieron volver a enseñar, lo tuvo que hacer en precario, con contratos temporales hasta poco antes de su muerte cuando ocupó, durante unos pocos meses, una cátedra extraordinaria.

De modo que Sacristán tuvo que ganarse el sustento sobre todo traduciendo. Como él mismo escribió, se pasó la vida «de trabajar para una editorial a la Universidad y viceversa». Ariel fue su refugio y su sostén económico principal durante, por lo menos, una década. Era un gran traductor del alemán, del inglés, del francés, del italiano... era un gran traductor de cualquier idioma porque lo que dominaba como nadie era la lógica, la semántica y el castellano. Manolo tradujo e introdujo en España el primer libro de Marx publicado desde la guerra civil, *Revolución en España*, bajo el seudónimo de «Manuel Entenza» uno de los varios que utilizaba («Juan Manuel Mauri», «Máximo Estrella»...) para escapar al control de la policía que lo había detenido, creo que por primera vez, en 1963, por participar en una manifestación contra el asesinato por la policía franquista del dirigente comunista Julián Grimau. La lista de autores que tradujo bajo su propio nombre es impresionante: Marx, Engels, Lukacks, Gramsci, Adorno, Hull, Quine, Galbraith, Bunge, Copleston, Havemann, Dutschke, Dubcek, Korsch, Marcuse, Schumpeter... Era capaz de finalizar, perfectamente traducidas y corregidas, tres holandesas por hora, que se le pagaban a 60 pesetas la holandesa (algo menos de 40 céntimos de euro) usando la máquina de escribir y produciendo dos copias en papel carbón. Su enorme capacidad de trabajo le permitió traducir en jornadas de hasta seis horas seguidas, y quien haya hecho esta tarea sabrá que a las tres horas de traducir sin parar el cerebro se encasquilla y hay que descansar. Tradujo

un promedio de seis libros por año durante muchos años. Por otra parte, la calidad de su trabajo, las peticiones que recibía como trabajador intelectual, le permitieron escoger y proponer textos de agitación cultural. Él mismo lo expresaba así hacia el final de su vida: «Al traducir no solo me ganaba la vida, sino que colocaba producto intelectual en la vida cultural del país». Como ha escrito Francisco Fernández Buey: «Si Manuel Sacristán solo hubiera escrito la monografía sobre Heidegger (1958), que fue su tesis doctoral, y la *Introducción a la lógica y al análisis formal* (1964), ya con eso habría entrado en la historia de la filosofía universal como un filósofo importante del siglo XX, como un filósofo de los que tienen pensamiento propio». Pero Manuel Sacristán era español, una de las pocas cosas serias que se pueden ser en este mundo, como bien sabemos.

Muy influido por la filosofía analítica de Quine, Carnap y Russell, y por el marxismo de Lukacs y de Gramsci, Manuel Sacristán se dotó de una ética muy exigente, a veces casi inhumana, que le dio un gran sentido de la responsabilidad y de la honestidad intelectual. Muchas veces, esa honestidad se manifestaba en las cuestiones más pequeñas, como eran las que quería comentar conmigo aquel incierto día de abril, cuando yo huía del tumbo negro de la catedral de Astorga. El problema era que, traduciendo la *Historia del análisis económico*, de Schumpeter, se había encallado en la voz inglesa *competition*, pues no estaba seguro de si la había de traducir por «competencia», por «concurrencia» o por «competición», y había estado consultando con sus colaboradores en la traducción José Antonio García Durán y Narciso (*sic*) Serra, además de hacerlo también con otros economistas como Estapé o Petit Fonseré, sin que ninguno de ellos le convenciera. Pretendía de mí —¡pobre de mí!— que le aconsejara. Estuvimos horas discutiendo y al final se decidió por «competición», pero no contento con eso defendió por escrito, filológicamente, su decisión final ante un farisaico comentario de Calsamiglia. Pero aquel era el modo de proceder de Sacristán, con extrema honradez profesional y perfeccionismo en su trabajo, y con una ausencia absoluta de arrogancia intelectual.

Sin embargo, sus inmensos conocimientos y su *auctoritas* hacían que sus sugerencias sobre los libros que convenía editar fueran respetadas siempre. Porque, como decía Argullós, Sacristán era un «*ave raris*». En 1965, Sacristán nos propuso iniciar «Ariel quincenal», una colección de libros de ensayo, a muy bajo precio, 50 pesetas, en la que se fueron publicando los grandes nombres que se editaban en el mundo exterior: Marx, Keynes, Russell, Adorno, Lange,

Frege, Piaget, Pigou, Marcuse, Dubcek, Althusser, Chomsky, Galbraith... Tratábamos de remedar con el ensayo la tarea que Javier Pradera estaba llevando a cabo con el «Libro de bolsillo», de Alianza editorial. Pocas colecciones han tenido un papel tan importante en la formación de toda una generación de estudiantes como esta «Ariel Quincenal» que sustituyó, en cuanto a educar en civilización se refiere, a las precarias enseñanzas de las universidades franquistas.

Tras algunas incursiones en temas internacionales que nos parecían adecuados para la situación española en la colección «Nuestro siglo por dentro», pensamos que deberíamos afrontar el riesgo de editar libros sobre la historia española más reciente. De modo que en 1966, esperanzados al principio con la Ley Fraga, nos lanzamos a ello tras un debate sobre el título que deberíamos darle a la colección para no despertar al dinosaurio de la censura, que aún seguía allí. Un buen día Argullós me llamó a su despacho para informarme, disfrutando de la noticia, de que ya teníamos título (se lo había propuesto Ángel Latorre): «Es dirà «Horas de España», què li sembla?». Muy bien, le dije, será un homenaje a la revista: «Deixis estar de revistes, ja li dic que és el nom de la nova col·lecció». Del mismo Latorre surgió la idea de cómo «construir» un primer título, un libro que relatara, plaza por plaza, lo que había ocurrido el 18, 19 y 20 de julio de 1936. Era arriesgado: aquí sí que no cabrían componendas con la censura. En 1951 Luis Romero había ganado el premio Nadal con su novela *La Noria*, que narraba el transcurso de un día en Barcelona a través de la percepción de 37 personajes diferentes, y nos pareció que podía ser una persona adecuada para escribir lo que, finalmente, se llamó *Tres días de julio* y que publicamos en 1967. Como era de esperar, tuvimos que negociar penosamente con la censura y el hecho de que Luis Romero se hubiera pasado a los «nacionales» durante la guerra y fuese un divisionario azul no ayudó demasiado. Los cortes y mutilaciones fueron graves y es una verdadera lástima que Ariel no haya conservado las primeras pruebas con las tachaduras de la censura. *Tres días de julio* fue un éxito editorial sin precedentes en Ariel: fue el libro más vendido de aquel año en toda España y se siguió vendiendo durante muchos años después. Más tarde, y para aprovechar el tirón, Romero escribió otros dos libros, esta vez sobre el final de la guerra que no consiguieron replicar el éxito del primero. Aprovechamos la nueva colección para publicar en ella una reedición del libro de Miguel Maura *Así cayó Alfonso XIII*, que Ariel había editado en los años 50 con un falso pie de imprenta mexicano haciendo ver que solo se habían importado unos pocos ejemplares. Para no tentar demasiado a la suerte, publicamos algunos títulos de

militares franquistas «ilustrados» que habían tenido un papel importante durante la guerra civil, como fueron los de los generales y hermanos Ramón y Jesús Salas Larrazábal. Del mismo modo, aceptamos publicar la *Bibliografía sobre la guerra de España*, bajo la dirección del apologista del Régimen Ricardo de la Cierva, director general de Cultura, que dispuso para su redacción de todos los recursos del Ministerio. En aquella miserable tarea de encender una vela a Dios y otra al diablo —«hay que tener contentos a *sirios* y *troyanos*» decía Argullós impertérrito— conseguimos editar libros de gran importancia para la historia de España en el siglo XX: las memorias de Gil Robles, *No fue posible la paz*, que fue otro gran éxito comercial, las de Joaquín Chapaprieta contradiciéndole: *La paz fue posible*; *¡Alerta a los pueblos!*, del general Vicente Rojo, de algún modo perdonado por Franco, o los recuerdos de Pablo de Azcárate, embajador de la República en Londres; las memorias de un campesino catalán, soldado raso en el Ejército popular, Josep Llordés, que se tituló *Al dejar el fusil*; o el primer gran estudio sobre las brigadas internacionales, de Andreu Castells. Pero no pudimos pasar de ahí: no había ninguna posibilidad de publicar las memorias o recuerdos de Zugazagoitia, de Tagüeña o de Constanza de la Mora, por ejemplo. Eran rojos irredentos. De tal modo que la colección hubo de proseguir con libros de historia académica, entre los cuales pudimos publicar otro bestseller: *España 1808-1939*, de Raymond Carr que fue un libro de lectura obligatoria en muchas facultades; *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, de Edward Malefakis, que es todavía el mejor libro que existe sobre la reforma agraria; *Anarquismo y sindicalismo en España*, de Josep Termes o *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820*, del joven profesor Josep Fontana, que la censura se tragó sin advertir el paralelismo que establecía el libro entre la España de Fernando VI y la de Franco. Este libro iba a señalar un antes y un después en la historiografía española.

La década terminó mal, como la historia triste de España. 1969 empezó bajo el estado de excepción y terminó con un gobierno cangrejo presidido por el almirante burócrata Carrero Blanco, el nuevo ministro de Información Alfredo Sánchez Bella («la bella Sánchez») clausuró las editoriales Ciencia Nueva, Ricardo Aguilera y Halcón y estranguló la viabilidad de ZYX y Edicusa. Ciertos colaboradores de Ariel tuvieron que pasar a la clandestinidad; a otros no les dio tiempo: Ángel Abad fue detenido en la editorial por policías de la brigada social.

Durante los primeros años 70, cuando ya hacía tiempo que Fernández de la Mora había decretado el fin de las ideologías, el pensamiento de Marx se divulgaba con fuerza por toda

Europa junto al *boom* del psicoanálisis, de la escuela de Frankfurt, del estructuralismo, de la semiótica (Lévy Strauss, Foucault, Derrida, Barthès, Lacan...) y, algo más tarde, incluso con la estulticia conservadora de los *nouveaux philosophes* (Bernard-Henri Lévy, Glucksmann, Lyotard...). En España brotaron nuevas editoriales para satisfacer esa demanda, como Nova Terra-Laia-Estela (fueron, bajo Alfonso Carlos Comín, la misma), Fontanella, Ricardo Aguilera, Fundamentos, Comunicación... y también revistas culturales que tendrían un papel destacado en la erosión de los fundamentos sociales del franquismo, como *Triunfo*, *Cambio 16* o *La Calle*. Pareció entonces que era conveniente abrirse a nuevas colecciones que ofrecieran lo más interesante y novedoso de lo que se publicaba en aquella Europa del post mayo del 68. Se iniciaron, así, nuevas colecciones y, entre ellas, una dedicada a la mejor historia, que dirigió el maestro Fontana. En ella empezamos a publicar libros de extraordinaria importancia para la formación de los historiadores españoles: el famoso libro de Hamilton sobre la revolución de los precios causada por el oro americano; *Crecimiento y desarrollo*, de Pierre Vilar; el extraordinario *Fracaso de la Revolución industrial en España*, de Jordi Nadal; *La España del siglo XVIII*, de Antonio Domínguez Ortiz, al tiempo que Fontana comenzaba a introducir en España las obras de los historiadores marxistas británicos ya a mediados de la década.

También se pidió entonces al joven profesor Francisco Rico que dirigiera una colección en el terreno de la filología, una novedad absoluta en el historial de Ariel que, a pesar de haber publicado una *Història de la literatura catalana*, dirigida por Martí de Riquer, Antoni Comas i Joaquim Molas, no había desbrozado el mundo de los estudios literarios seguramente por falta de asesores competentes. Pero el doctor Francisco Rico era otra cosa: ya era Paco Rico antes de ser Paco Rico, y su aparente empaque académico (se hacía llamar «doctor» por todo el mundo, como si fuera un proctólogo) ya se combinaba con las facecias chocarreras y *boutades* destinadas a escandalizar a incautos propias del personaje. Acababa de regresar de Estados Unidos y se sentía muy agradecido a la Guardia Civil porque había vigilado puntualmente su casa de Sant Cugat, que había encontrado intacta. En «Letras e Ideas» propuso la publicación de grandes obras, como fue la *Historia de la literatura española*, dirigida por Alan Deyermond, la *Historia de la literatura hispanoamericana*, de Jean Franco, o la extraordinaria *Gramática española* de José Manuel Blecua y Juan Alcina. En las series «Mayor» y «Minor» incluyó a todos sus maestros

y amigos que, sin embargo, eran la flor y nata de la filología hispánica: Tomás Navarro Tomás, Fernando Lázaro Carreter, José Antonio Maravall, María Rosa Lida, Sergio Beser...

Sin embargo, la aventura de Ariel iniciaba entonces el camino de su perdición atrapada por la segunda ley de la termodinámica. El agotamiento de las plusvalías de Hubber, la extraordinaria inversión realizada en la editorial, la fría respuesta de un mercado escaso, la censura y, sobre todo, las pérdidas que acarreaba desde hacía tiempo la imprenta y que se dispararon en flecha, llevaron a la empresa a una transición de fase cuántica. Se intentaron entonces acuerdos con otras editoriales para establecer una alianza operativa o, directamente, una fusión. De todo los escarceos, el más desgraciado fue el que se llevó a cabo con la editorial Labor, por la intermediación de Ramon Trías Fargas, uno de sus accionistas. Este nos aconsejó que habláramos con el accionista mayoritario, Unión Española de Explosivos, y concretamente con un tal señor Naharro. Argullós dijo que él se encargaba y nos reunió a Calsamiglia, Reventós y a mí en su despacho para que asistiéramos a la conversación telefónica en la que, supuestamente, Argullós iba a «vender» a Naharro (a quien no dejó de llamar *Navarro* durante toda la conversación) las excelencias de la fusión de Labor con Ariel. En un momento dado, oímos cómo Argullós decía al teléfono: «Mire, señor *Navarro*, ¿sabe cuál es el problema de Ariel? Que nosotros tenemos la máxima desconfianza en nosotros mismos». Nos quedamos helados, esperando que todo fuese una mala interpretación o una alucinación colectiva. Al colgar el teléfono, Argullós nos dijo: «L'he deixat impressionat!» El señor Naharro nunca devolvió la llamada.

En la desesperada búsqueda de *partenaire* dimos con Seix Barral. Era la peor de las opciones posibles, porque sus defectos empresariales eran exactamente los mismos que los nuestros. La editorial iba viento en popa, pero los talleres gráficos de Seix estaban arruinados. Las conversaciones, que esta vez fueron fructíferas, las tuvimos con Antonio Comas, un joven ejecutivo agresivo y muy ambicioso que en 1969 había echado a Carlos Barral sin contemplaciones de su propia editorial. Se llegó a un acuerdo (no había nada más en perspectiva) y en 1973 ambos enfermos terminales decidieron morir juntos. Para reducir gastos vía sinergias, el equipo editorial de Seix se trasladó a trabajar a la sede de Ariel, en Esplugues de Llobregat, mientras se dejaba morir de muerte natural a los obsoletos talleres gráficos. El director literario de Seix Barral era Joan Ferraté, que no vivía en Barcelona, sino en Edmonton (Canadá), en cuya universidad era profesor. Quien verdaderamente decidía lo que había que publicar era un joven poeta, Pere

Gimferrer, tímido y ausente del mundo, pero de una cultura oceánica, que tuvo que trasladarse diariamente desde su casa de Barcelona (muy cerca de Seix) a Esplugues, donde llegaba compartiendo autobús con obreros del Baix Llobregat y amas de casa de la ciudad de San Ildefonso, en Cornellá. Impertérito, descendía del vehículo ataviado con abrigo negro, bufanda blanca, sombrero de fieltro, paraguas y calzándose, al entrar en Ariel, contra toda lógica, unos guantes de cabritilla. Gimferrer era un hombre extraordinariamente disciplinado y respetuoso con las jerarquías, de modo que en seguida se puso a disposición del flamante presidente de Ariel/Seix Barral, Argullós. De hecho, en aquel primer año se vivió una comedia, porque Gimferrer daba cuenta absolutamente de todo a su jefe, Ferraté, sin que este aportase absolutamente nada. Cuando la situación llegó al ridículo, Comas, por razones que entonces parecían misteriosas, sustituyó a Ferraté por un joven periodista alocado e inane. El primer día en que este periodista, José María Carandell, se sentó a la mesa del consejo editorial, Argullós, que no le conocía de nada, se vio en la obligación de pronunciar un discursillo de bienvenida. Pero Carandell, sordo como una campana pero presumido y coqueto, se había quitado el sonotone, con lo que iba asintiendo con la cabeza a lo que le decían sin enterarse de nada. Cuando Argullós terminó su introducción y entró en materia, se encaró directamente con él para entregarle un par de libros en alemán con el fin de que los leyera e informara sobre la viabilidad de su publicación. Como que el aludido no se inmutaba, Argullós volvió a interpelarle en voz alta y agitando las manos ante sus narices. Carandell se dio cuenta entonces de su protagonismo, sacó disimuladamente de su chaqueta el sonotone y se lo colocó rápidamente; pudo así oír cómo Argullós le hablaba de los libros en alemán y del trabajo que se esperaba de él: «Ah, no —dijo Carandell— yo no sé alemán, el que sabe idiomas es mi hermano (Luis)». El desencanto más desmayado se reflejó en la cara de Argullós quien, poniéndose en pie y alzando los brazos al cielo exclamó en su inimitable castellano: ¡Mi goso en un poso! Y se derrumbó, abatido, en su silla ante la malévola *Schadenfreude* del autor de *Arde el mar*.

Aquel año 1973, el de la primera muerte de Franco un 20 de diciembre, llegaba a su fin con una sensación generalizada de regreso al pasado. El proceso 1001 contra Comisiones Obreras fue aplazado y el gobierno quedó en manos de un viejo sayón de Franco, Carlos Arias Navarro («carnicero de Málaga»), quien habría de ser el puente entre la sarna costumbrista y la modernidad cheli de la política española. Pero en marzo de 1974 se produjo un hecho

que conmocionó a mi generación y que a mí me afectó profundamente. El anarquista Salvador Puig Antich fue asesinado en el garrote vil el día 2 de un mes que venció en crueldad al del poeta. Puig Antich había formado parte del Movimiento Ibérico de Liberación y fue detenido tras un tiroteo enloquecido e indiscriminado que costó la vida a un policía de la brigada social. También fueron detenidos Oriol Solé Sugranyes y Josep Garriga, dos militantes del MIL que, en un momento u otro, habían trabajado para Ariel porque así nos lo había pedido el doctor Lluís Solé Sabarís, padre de Oriol Solé Sugranyes, autor con Manuel de Terán de una *Geografía regional de España* y uno de los impulsores, junto al doctor Vilà Valentí, de nuestra colección de geografía. No pude soportar la tensión aquel día; salí de Ariel y conduje mi coche durante horas en busca de algún lugar donde habitara el olvido. Acariciaba, más que nunca, la idea de fundar una nueva editorial.

No sabía entonces, claro, que al año siguiente Franco moriría por segunda vez, esta definitiva, no sin antes fusilar en septiembre a cinco enemigos suyos, pero, desde aquel aciago día del mes ahora más cruel, no fui capaz de trabajar decentemente, ensimismado como estaba en mi proyecto editorial. Por otra parte, sentía que mi pequeño pero sólido mundo de Ariel se estaba disolviendo en el aire. Manuel Sacristán había dejado de colaborar con Ariel para trabajar en Grijalbo, ilusionado ante la perspectiva de editar las obras completas de Marx y Engels; Calsamiglia apenas aparecía por la empresa, dedicado como estaba en cuerpo y alma a su querida Universitat Autònoma; Reventós era ya solo un político que preparaba su carrera luchando en dos frentes: contra la dictadura franquista y contra la felipista, que exigía un PSOE uno, grande y libre; los antiguos asiduos habían desaparecido y Antonio Comas iniciaba el tercer o cuarto asalto para noquear a un correoso Argullós refugiado en las cuerdas e incapaz ya de preguntarme: «Com ho tenim això?» porque Comas ninguneaba al presidente despachando directamente conmigo como director editorial de Ariel/Seix Barral. En aquella fábula del tiempo solo quedaban espectros.

El 31 de diciembre de 1975, harto de la miseria que roía los restos de lo que había sido una extraordinaria editorial cultural, que había servido a toda una generación como ninguna otra, y que me había formado como editor, crucé por última vez la puerta de Ariel, sin despedirme de nadie y *sans faire du bruit*. En abril de 1976 nacía ante notario mi nueva editorial, Crítica, que publicó sus primeros libros en septiembre de aquel mismo año.

Pero esa es, claro, otra historia.